



Los archivos de lxs militantes gltb

La historia del movimiento en su propia voz

María Luisa Peralta*

La tarea de hacer archivo: memoria de la comunidad, memoria del movimiento

El movimiento gltb es un movimiento particular en Argentina: a diferencia de otros movimientos partidarios, sindicales o estudiantiles, donde sus militantes eran perseguidxs por sus ideas, sus palabras o sus propuestas, lxs militantes gltb y la comunidad gltb en general fueron perseguidxs por lo que eran.¹ Eso impone unas dinámicas particulares, condiciona las alianzas posibles, los modos de acción y, por sobre todo, afecta de un modo singular a la historia del movimiento y a la historia de la comunidad. Es una historia no contada en las narrativas oficiales o masivas. ¿Cómo podría ser de otra manera con la historia de una comunidad negada y perseguida? Hace tan sólo veinte años esa era la realidad general de la comunidad gltb, hoy sigue siendo la realidad de algunos sectores de la comunidad a pesar del cambio social que fuimos logrando. No es ya la realidad del movimiento gltb: lxs activistas gltb no son perseguidxs en tanto tales, lo cual por supuesto no nos deja a salvo de violencias, como quedó demostrado trágicamente con el asesinato de Diana Sacayán.

Hasta hace unos pocos años, la comunidad gltb estaba plagada de historias clandestinas, de *closets* bien cerrados, de gente excluida no sólo de la educación o el trabajo sino de los funerales de sus parejas. En esas condiciones, lxs militantes gltb que hacen archivo no son sólo recopiladores de notas de diarios, de artículos, de fotos, sino que son también portadores de la memoria de su comunidad: son lxs que guardan relatos, nombres, fechas, conservan tanto un volante político como la memoria de una práctica cultural. Son, en cierto sentido, sobrevivientes al olvido y al borramiento que procuran hacer sobrevivir la historia política del movimiento y de la comunidad a ese mismo borramiento y olvido. Carlos Jáuregui, de quien se suelen citar frases más o menos suaves, a veces decía cosas bastante beligerantes. Él decía que todas las personas gltb nacemos en territorio enemigo. Pocxs hoy repetirían eso, que podría incomodar a aliadxs héteros cuya sensibilidad siempre parece ser muy delicada cuando se trata de analizar la forma en que reproducen la opresión heterosexista. Sin embargo, da cuenta de un clima de época en la que Carlos lo dijo, los noventa, y también de la persistencia de estructuras patriarcales y heterosexistas que de una u otra forma siguen combatiéndonos. Ya no tanto a través de la eliminación física, pero sí intentando anular la potencia cuestionadora, la voz propia, la iniciativa política, la capacidad de dar sentido, la capacidad de generar conocimiento y la historia de nuestro movimiento.

La función de preservar la memoria del movimiento y de sus luchas —para, incluso en clandestinidad, marginalidad o, a través de tareas solitarias, sobrevivir al borramiento y al silencio— ha sido clave para el movimiento gltb. Por eso siempre ha habido militantes haciendo archivo en los movimientos gltb de distintos países o en

* Al momento de escribir este artículo, la autora era todavía parte de Potencia Tortillera, archivo digitalizado del activismo lésbico en Argentina. Puede visitarse en <http://potenciatortillera.blogspot.com>

1 Este artículo fue originalmente presentado en la mesa: "Oralidad y políticas activistas de archivo", dentro del II Coloquio Sobre Poéticas y Políticas de Archivo. Archivo Queer e Imaginación Política, 11 de diciembre de 2015, Facultad de Bellas Artes, UNLP. La actividad fue organizada por el Grupo de Investigación Micropolíticas de la Desobediencia Sexual, la Cátedra Libre Prácticas Artísticas y Políticas Sexuales, el Programa de Investigación Archivo Queer y el LABIAL.

comunidades sexuales marginalizadas. Cuando empecé a militar en 1996, ya estaba en esa tarea Carlos Jáuregui, documentando sobre todo violaciones a los derechos humanos, que eran volcadas en el informe anual de Gays por los Derechos Civiles; también el gran archivista Marcelo Ferreyra, quien reunió una cantidad gigantesca de documentos de muy diverso tipo y abarcando a todo el movimiento, y Alejandra Sardá dedicada especialmente a la historia de las lesbianas y a las vidas de las lesbianas de generaciones anteriores a la suya. En la generación activista siguiente a la mía, marcada por el 2001, Pablo Herrero Garisto también se dedicó a hacer archivo, con perspectiva latinoamericanista. Son archivos generales, en el sentido de no estar centrados en una única organización a la que estxs activistas pertenecieran. Hay que sumar esos otros archivos personales mantenidos por militantes sobre las organizaciones de las que fueron o son parte, archivos que evitaban que muchas organizaciones cayeran rápidamente en el olvido. Otrxs activistas que no se identifican como gltb también conservaron en sus archivos documentos que hacen a la historia del movimiento gltb, como es el caso de la feminista Sara Torres y su magnífico archivo, de amplitud única tanto en tiempo como en temas. De manera que la localización de los archivos gltb no es única, convencional ni resulta evidente de inmediato dónde ir a buscarlos. Esto es reflejo de vidas que entran y salen del *closet*, de esfuerzos personales, de incidentes biográficos, de la organización descentralizada de la militancia y de la imbricación de las alianzas con otros movimientos, que da cuenta de superposiciones y espacios compartidos.

Insisto con los nombres porque encuentro que son clave. En el último tiempo se ve circulando como máxima de virtud *queer* la consigna de repudiar el activismo de nombres propios. Quizás soy un poco anticuada, pero semejante idea me estremece. ¿Cómo no decir los nombres de lxs muertxs? ¿Cómo puede alguien reclamarme que olvide, que omita el nombre de Nadia Echazú?, ¿el de Roberto Jáuregui?, ¿el de Mónica Pavicich? Tiendo a identificar la historia de nuestras luchas y supervivencias mucho más con la idea de la gesta del nombre propio, como se llamó el libro de investigación de las travestis.² La gesta, la disputa, la confrontación colectiva para reclamar y retener la posibilidad de nombrarnos a nosotrxs mismxs y de contar nuestra historia con nuestros propios términos. Entiendo que se cuestione el activismo de estrellas que presenta a los individuos aislados de un contexto social, de una comunidad y de cualquier organización (o convierte a las organizaciones en nada más que vehículo de esa persona), el relato capitalista y protestante del esfuerzo propio de individuos iluminados, decididos o emprendedores, para estar a tono con la nueva propaganda de este tipo de atomización. Por cierto que esta versión del activismo modelo charla *Tedx* elimina toda dimensión colectiva, toda inserción movimientista y todo contexto sociohistórico en los que se desarrolla el activismo. Pero una cosa es cuestionar el divismo y otra pretender que suprimir los nombres propios es en sí mismo garantía o declaración de horizontalidad, trabajo colectivo, falta de soberbia, abdicación del poder ni mucho menos virtud o radicalidad política. Por un lado, porque va a contramano de las luchas que el movimiento gltb viene dando. Y por el otro, porque no es cierto. Nunca en los movimientos sociales, por muy horizontales, celulares o radicalizados que sean, hay una distribución uniforme del prestigio, el reconocimiento, la autoridad, la palabra o el poder. Negar los nombres propios no elimina nada de eso, sino que por el contrario cristaliza que los únicos nombres que trasciendan sean los de quienes ya son conocidxs y reconocidxs, lxs que justamente se preservan en la historia oral, acentuando la difuminación de la construcción colectiva y el aporte de numerosxs activistas. Y desde un punto de vista estrictamente archivista, omitir los nombres propios es perder muchísima información: sin esos datos, es casi imposible reconstruir en trama fina las genealogías y las afinidades e incluso comprender a fondo posicionamientos, alianzas y rupturas. Si lo personal es político, perder las marcas biográficas es dejar incompleto el repertorio de elementos para el análisis de lo político. ¿Qué guardan lxs militantes en sus archivos? Los archivos militantes tienen lucha, arte, belleza, encuentros, creatividad, inteligencia, palabras, política pero también tienen dolor y tienen muertos. No sólo cadáveres, como tienen a veces los archivos estatales. Tienen muertos: los nombres y las vidas de quienes fueron queridos y murieron a manos de la policía, de alguna patota, de algún vengador solitario del honor mancillado del heteropatriarcado o que sucumbieron a la enfermedad que quizás pueda leerse en clave política cuando resulta que atraviesa a la comunidad. A veces también, cuando la vida fue más amable, los nombres y las vidas de quienes murieron en la vejez y sobre todo una parte de esas vidas de militantes que no serían contadas por sus familias. Los archivos militantes gltb se pueden interrogar desde los derechos humanos, desde la historia social, desde la historia del arte, desde la sexualidad, desde la historia de la tecnología, desde el análisis de las alianzas en el campo popular, desde el feminismo. Habilitan lecturas múltiples porque quienes los reúnen tienen intereses múltiples.

2 Lohana Berkins y Josefina Fernández, **La gesta del nombre propio**, Buenos Aires, Editorial de Madres de Plaza de Mayo, 2005.

El valor específico de los archivos reunidos por militantes

En ocasiones se piensa que los archivos reunidos por activistas son un sucedáneo de alguna otra cosa que sería mejor: archivos estatales o académicos, archivos oficiales hechos por profesionales. Este presupuesto pone en juego varios tópicos recurrentes en la relación entre los movimientos sociales y los lugares de autoridad como el Estado y la academia, reeditando una tensión que parece signar esas relaciones. Esta idea de que los archivos de militantes son meramente una solución transitoria y *amateur* que cubre un vacío indebido, confina una vez más la voz de lxs militantes al espacio del testimonio, pudiendo ser guardadores de acciones y voces del pasado, pero sin posibilidad de hacer ningún análisis sobre ese archivo que constituyeron. El análisis sólo sería posible por parte de quienes ya tienen un saber validado, aunque ese saber se haya construido externamente al movimiento que pretenden analizar. No es anecdótica la situación de externalidad al movimiento, porque determina un punto de vista, pero también compromisos epistemológicos y políticos. Aparecen preguntas de gran peso: ¿con qué categorías se analizan los “datos” de los archivos de militantes?, ¿cómo se determina la incorporación de materiales a los archivos, qué tiene valor y qué no, qué merece ser preservado?, ¿qué es fuente y qué no?, ¿cómo se determina la confiabilidad de las fuentes?, ¿cómo se organizan internamente los archivos, qué relaciones, conceptos, posiciones políticas se plasman en esa organización interna?, ¿quién tiene acceso al archivo, a su totalidad o a partes, y para qué fines?, ¿puede el contenido de un archivo convertirse en vehículo de una historia y una política si no hay un marco referencial propio en el cual analizarlo? Todas estas preguntas y muchas otras se responden de maneras diferentes dependiendo del campo en el que se inserte quien responde: movimiento social, estado o academia. No hay aquí un juicio de valor relativo a las respuestas, sino una explicitación de que serán diferentes y de que son instancias de disputa política. Se disputa el sentido, el poder de narrar una historia y en parte también la verdad de las historias narradas (incluso si pensamos que no existe una única verdad objetiva, a la que se puede acceder usando el método correcto, esto no significa que no ocurran disputas por la verdad).

En este esquema, que deposita verdad, autoridad y competencia en lo institucional, el activismo tendría el rol de proveer insumos para el pensamiento académico o la política pública estatal, los cuales sí podrán analizar y convertir en palabra cargada de saber a esa palabra tomada del testimonio. Cuando los movimientos sociales no se aglutinan en torno de situaciones que acontecen desde el exterior sobre la existencia de las personas —como por ejemplo, la fumigación con glifosato o la represión policial— sino sobre las propias existencias estigmatizadas, criminalizadas y patologizadas, lxs militantes que hacen archivo son testigos que preservan no sólo documentos sino también nombres, redes de relaciones y categorías de análisis. De esta manera, guardar y conservar es simultáneamente construir conocimiento, aunque muchas veces ese conocimiento de la historia y la política del movimiento quede implícito o condensado en el acto de conservar un documento, pero no extraíble externamente del documento en sí sin la participación de quien puede contextualizarlo contando la historia del propio documento, de por qué valió la pena guardarlo. La oralidad funciona como memoria de la comunidad, complementando la dimensión tangible del archivo y es parte de la configuración de sus criterios constitutivos: la reconstitución oral de las historias contadas por lxs militantes que hacen archivo explicita valores y compromisos políticos de ellxs, de sus organizaciones o del movimiento en momentos determinados, permitiendo responder a las preguntas planteadas antes en relación a cómo se conforma el archivo. Sin embargo, la transmisión oral de la memoria y la historia de los movimientos sociales reproduce desigualdades de prestigio, acceso, redes de relaciones, afinidades personales además de políticas. La oralidad funciona como una memoria que se pasa de generación en generación de militantes, generaciones no vinculadas por la sangre, sino por la afinidad personal o política o la pertenencia organizacional, pero cada vez que esa memoria transmitida oralmente se actualiza está expuesta a modificaciones. Además, la memoria oral de una comunidad —o de su movimiento social y político— se pierde cuando la comunidad se extingue o se asimila en otra. El archivo no. Que algo pase a ser parte de un archivo permite una sobrevida diferente. En este sentido, los militantes que hacen archivo no son sólo testimoniadores, sino que son transmisores de una historia sobre la que inciden activamente al establecer el criterio por el cual incorporan materiales a sus archivos. Como plantea Regina Kunzel, “los archivos no son meros repositorios de documentos sino que son en sí mismos agentes históricos, organizados en torno a lógicas tácitas de inclusión y exclusión, con el poder de exaltar ciertas historias, experiencias y eventos y de sepultar otros”.³ Sin embargo, a pesar de los criterios internos de constitución de los archivos, determinados por los militantes individuales, por sus organizaciones o por su pertenencia ideológica más amplia, el archivo documental no es estático ni tiene sentidos cristalizados, sino que preserva una historia más plural y abierta a más interpretaciones. La pluralidad se logra cuando hay una aproximación

3 Anjali Arondekar, Ann Cvetkovich, Christina B. Hanhardt, Regina Kunzel, Tavia Nyong'o, Juana María Rodríguez y Susan Stryker, “Queering Archives. A Roundtable Discussion”, Daniel Marshall, Kevin P. Murphy and Zeb Tortorici (comps.), **Radical History Review**, Duke University Press, Issue n° 122, may 2015, pp. 211-231. [Traducción mía].

a lo documental complementada con más de una historia oral, con fragmentos de historias y memorias parciales preservados por distintos militantes y transmitidos oralmente, teniendo siempre presente que en la transmisión oral no hay reproducción exacta, sino que siempre se activan en el acto mismo del relato oral, cada vez, procesos de selección, síntesis, tamizado, emplazamientos del punto de mira. Es por esto que oralidad y archivos militantes conforman un complejo que contiene elementos clave ausentes en los archivos profesionales, que han perdido esa parte de conocimiento histórico, datos, categorías de análisis, conexiones conservados implícitamente en la dimensión oral de los archivos militantes, una dimensión que está encarnada ni más ni menos que en lxs propixs militantes.

La cuestión de la preservación y la necesidad de habitar dos mundos

Por lo dicho antes, creo que para una buena lectura y análisis de los archivos militantes desde una perspectiva académica es necesario contar con personas mestizas, anfibias y que funcionen como traductores. No basta con ser gay, lesbiana, bisexual o trans en la academia para poder comprender cabalmente los archivos de los activistas, para navegarlos fructíferamente y que el trabajo producido no sea tomado por lxs activistas como una cosa ajena a ellxs, como algo inútil para el movimiento (y es importante recordar que una de las motivaciones principales de lxs activistas que acceden a dar entrevistas a investigadorxs, testimoniar o abrir sus archivos es la creencia en que servirá de algo para su movimiento) o como una traición, donde se sienten usadxs pero no respetadxs. Hace falta ser mestizxs: ser parte de ambos mundos, entender la cultura de la academia y la del movimiento gltb, transitar los pasillos y las calles junto con otrxs académicxs y con otrxs activistas, comprender ambas lógicas, conocer y participar de los usos, costumbres y relaciones internas de ambas comunidades. Y por esto mismo deben ser traductorxs: los lenguajes son diferentes porque el movimiento y la academia son culturas diferentes, no se traduce adecuadamente una palabra si no se entiende el entramado cultural en el que se enuncia. La parte más difícil, claro, es la de poder ser anfibixs: poder habitar ambos ambientes, tener un nicho en cada ecosistema, recordando siempre que el concepto de ecosistema no remite sólo a un espacio, sino fundamentalmente a una red de interacciones. No hay objetividad posible si ésta es entendida como mirada desinteresada, sin carga teórica ni parcialidad política. Toda mirada se hace desde un punto de vista, desde dentro de un paradigma y desde dentro de una cultura, en este caso, desde adentro o desde afuera de un movimiento social y desde un campo político. La única objetividad que se puede alcanzar es la de hacer explícitas todas estas condiciones de análisis de manera que otrxs puedan conocerlas y evaluarlas críticamente al momento de leer los resultados de investigación, los discursos del activismo y los de la academia.

Estxs traductores mestizxs anfibixs ocupan un lugar difícil y no es raro que queden en medio de tensiones, consideradxs imperfectxs a la vez por la academia y por el movimiento, interpeladxs por su impureza. Sin embargo, creo, su función es muy importante y por eso me parece importante resaltar su valor singular. Vinculado a lo que decía antes acerca de considerar que los archivos militantes son esfuerzos *amateurs* que se perfeccionan al profesionalizarlos en manos del estado o la academia, hay cierta tendencia a que los archivos reunidos por militantes individuales o por organizaciones sean adquiridos por esas instituciones. Incluso puede haber iniciativas desde el activismo para lograrlo, a veces por compartir la misma creencia y otras veces porque no se sabe bien cómo preservarlos o socializarlos frente a la eventualidad de la muerte de las personas, las mudanzas, o la disolución de las organizaciones. Creo que eso es un error. La forma Estado, para el caso del archivo, excluye voces, temas, acciones, lo recorta, lo empobrece, lo categoriza desde una perspectiva no sólo ajena al movimiento que lo generó sino casi antagonista. Y, por sobre todo, el movimiento, sus activistas o la comunidad que ese movimiento expresa pierden el control del archivo, el poder sobre la preservación de su propia historia. Que algunxs activistas se conviertan en funcionarios y queden a cargo de esos archivos estatales no subsana estos problemas, porque la máquina estatal es mucho más poderosa y lo que ocurre es que lxs activistas abandonan sus compromisos políticos y éticos como tales y se convierten en funcionarixs adoptando las lógicas, valores y modos de la burocracia estatal. Si los archivos militantes quedan en manos de la academia, podrían producirse pérdidas semejantes. A menos que pudiera asegurarse que queden bajo el resguardo de activistas académicos mestizxs y anfibixs dispuestxs a no negociar sus compromisos con cada uno de los ambientes que habitan. Sin dudas que no es fácil, sobre todo para las personas que ocupan ese lugar, pero creo que el espacio académico provee una posibilidad para la existencia de estos mestizajes que el ámbito estatal no sólo no provee sino que suprime activamente, porque la burocracia es una estructura poderosa que se impone muchas veces incluso sobre el poder político. Por supuesto, el principal argumento para institucionalizar los archivos militantes en el Estado o la academia es garantizar su preservación, que no se pierdan documentos a manos de particulares, evitar la disgregación de fondos documentales, que se los pueda preservar competentemente del daño por el tiempo o por accidentes y promover la reunión

de materiales dispersos. Se dice también que para facilitar el acceso, pero eso es más que discutible. Está claro que estos problemas son reales y que se ha perdido mucho material documental histórico. Una solución sería que el movimiento fuera capaz de generar su propio reservorio permanente, una instancia organizacional abierta dedicada a esta tarea. Sin dudas, una tarea muy difícil, que requiere inevitablemente de fondos para sostenerse y de compromisos que sólo podrían alcanzarse trascendiendo los protagonismos personales u organizacionales y que exigen pensar en términos incluso transgeneracionales. Otra solución posible es la institucionalización en la academia, entiendo por tal a las universidades públicas o los centros e institutos asociados a ellas. Pero, como dije antes, para que realmente preserve todo el contenido de los archivos militantes es indispensable que la tarea archivista esté a cargo de académicxs activistas o de activistas académicxs, que entiendan y se comprometan con las lógicas militantes de constitución de archivos, con las políticas y los criterios internos del movimiento además de la mirada profesional, y sobre todo que sepan de la importancia crucial de la dimensión oral del archivo, esa que está encarnada en lxs militantes, que es necesario recopilar y preservar junto con la dimensión documental para alcanzar completitud, antes de que la muerte o las fallas de memoria por la edad arrasen con ella. Son lxs traductores mestizxs lxs que podrán hablar con lxs militantes haciendo las preguntas correctas, buscando toda la información necesaria, generando un acervo de historia oral capaz de completar y dar contexto y sentido al archivo documental, preservando ambos componentes de la disgregación, la pérdida y el olvido.